



Ponente¹

SILVIA ROZAS

Redactora Jefe de la revista *Ecclesia*

Buenos días a todos.

La verdad es que mi presencia aquí se debe mucho a conjugar dos vocaciones, la vocación religiosa y la vocación a la comunicación. Dos vocaciones que se han ido entrelazando hasta que llegan a mi presente.

Haciendo recorrido de mi historia, yo trabajaba en el arzobispado de Santiago como jefa de prensa, y como nos decían, tuve el regalo de participar en dos años santos, motivo de fusión de peregrinos en Santiago de Compostela y en toda Galicia. Durante esos años, como una joven que va creciendo en su fe, yo participaba y era miembro de la Comunidad de Vida Cristiana de la Coruña, y me fui planteando mi vida poco a poco. Creo que hay un espectro en nuestra sociedad de vorágine, de trabajo, y ahí me enrolé yo, en el trabajo, a veces bañado un poco de servicio a la Iglesia, que era real, pero que era meterme de lleno en lo que era el ámbito laboral, en el ámbito del periodismo.

Hasta que en mi vida me fui dando cuenta poco a poco de que algo faltaba, es decir, que estaba muy bien lo que hacía pero que eso no me definía a mí personalmente, que se puede ser muy bueno en el trabajo pero, al final, eso pasa, y no es lo que realmente llena en la vida. Ese es el toque de atención que tuve, con lo cual decidí, después de largos años de discernimiento, dar un vuelco a la vida.

Aproveché el año santo compostelano 2010 para decirle al arzobispo de Santiago que me iba a ir, y que además me iba a ir monja. Con una lucha ahí de “no me lo creo, no se va a ir, que dice que se va pero no se va”, y yo tenía claro que me iba a ir. Con lo cual, cuando él cerró la puerta santa, yo en mi vida cerré también una puerta muy bonita porque quería abrir otra, y esa otra, para mí, se situaba en la congregación de las Hijas de Jesús. Es una congregación de espiritualidad ignaciana, y lo que hice fue todo: vender mi coche, mi casa, cerrarlo todo y me vine a Madrid.

¹ Transcrito por audición.

Estuve un año en Madrid y de ahí pasé a República Dominicana. República Dominicana para mí es un antes y un después, porque es el momento en el que dejas de trabajar realmente, en el que te olvidas de lo que ha sido casi tu vida hasta ahora, que nunca te olvidas, sino que te vuelve la vida otra vez y haces recapitulación de lo que has ido viviendo hasta el momento. En República Dominicana se afianzó mi vocación religiosa viviendo con los pobres y como ellos, realmente.

Volví a Madrid y ahí es donde se entrelazan mis dos vocaciones, a la vuelta de República Dominicana. Se entrelazan, primero como petición de los obispos, una petición a un servicio concreto, que es a la revista *Ecclesia*, y una misión también concreta, de un cambio, de reconversión, de tecnología, de una cierta juventud. Yo tengo 43 años, lo que pasa es que en la vida religiosa soy súper joven, con lo cual, entrar en una congregación también es hasta revitalizarse o intentar revitalizarse.

En ese “Llamados a servir” se entrelaza mi vocación de servicio dentro de una congregación, pero mi servicio es eclesial. Yo comprendo el servicio no como una tarea, aunque me haya, creo que, caracterizado demasiado por hacer, por tareas, pero eso no es el servicio.

El servicio es una forma de ser, de situarse, de seguir a Jesucristo de una manera concreta, y a veces es sin hacer nada, simplemente estando, y eso nos cuesta mucho, a mí, desde luego, me cuesta mucho. A mí me costó mucho República Dominicana, estar sin hacer nada. Un verdadero ejercicio de abajamiento y de humildad, no hacer nada durante dos años. Pero al final es hacer mucho, es estar con la gente, es dejarte cuestionar, aprender y aprender a vivir de otra manera, que es sin nada de lo que tenemos aquí.

¿Cómo vivo yo hoy esto? Lo vivo, por una parte, en tres claves. La primera es que el primero que sirve es el Señor, es Dios, que nos sirve a nosotros, que nos llama, nos escoge. Después, desde mi espiritualidad, el servicio es el amor, y el amor al final es quien lo encausa todo.

¿Cómo lo concretamos? En mi tarea, por ejemplo, el servicio es no solo lo que hacemos en la revista, sino cómo creamos equipo, cómo nos relacionamos entre nosotros, cómo creamos comunión, cómo una revista se convierte en un órgano oficial pero en un órgano de comunicación, comunicación entendida siempre como comunión.

Un tercer aspecto para mí es que servir es creer, confiar. Me gustaría mucho que fuésemos capaces, en algún momento de la historia, de desvincular realmente el servicio de la tarea, porque tareas hay muchas, pero el servicio es uno, es estar allí con disponibilidad, donde buenamente te piden.

En concreto también mi servicio, mi consagración, como un testimonio de que hoy se puede vivir de otra manera, y de que los jóvenes necesitamos vivir y saber que otras personas pueden vivir de otra manera, no con esta corriente más consumista de uso de las personas, de individualismo. Desde lo concreto de mi vocación religiosa y lo experimento así, en complementariedad, además, con todas las vocaciones que hay en la Iglesia.

Después si queréis, seguimos dialogando.

Arsenio Fernández de Mesa - Para ir hilando, me ha parecido muy interesante lo que has dicho, el tema del activismo. O sea que, en esta sociedad de hoy, nos cuesta pararnos a pensar, y estar en silencio con nosotros mismos. Creo que eso también es causa, en buena medida, de que muchas veces tengamos la sensación de no estar viviendo nuestra vida, sino que nos la estén viviendo los demás.

Ese cambio que tú has dicho me pasó a mí también cuando se planteó la vocación sacerdotal. De decir: ¿de verdad todo esto que tengo me llena? ¿O cuando cierro la puerta de mi casa y apago todos los ruidos siento que me falta algo, y que a ese algo no le sé poner nombre? Y ese algo está en el servicio, que has dicho.

El Papa Francisco repite mucho: “quien no vive para servir, no sirve para vivir”. Yo creo que este es un criterio que tenemos que tener en cuenta dentro del testimonio cristiano a dar en la sociedad. Servicio es la primera forma en la que la gente se encuentra con Cristo y ese es el acicate para dar el testimonio.

Ahora vamos a darle la palabra al matrimonio, porque es verdad que muchas veces es un riesgo que tenemos, pensar que la Iglesia solo son los curas o las monjas, y el matrimonio es una vocación preciosa que Dios ha instituido, y que ha bendecido, y muchas veces: “no, la Iglesia está mal”, están criticando a la Iglesia. No, la Iglesia soy yo, yo tengo un papel y una misión, y esa misión es de la que nos van a hablar ahora Ángela y Pepe.

Como queráis, uno por separado o un poco a dos bandas.



Ponente¹

ÁNGELA BARAHONA Y PEPE GUTIÉRREZ

Matrimonio y alumnos del Máster Pastoral Familiar del Instituto Juan Pablo II

Pepe Gutiérrez - Muchas gracias. Buenos días.

Somos Pepe y Ángela. Vamos a hacer un recorrido de nuestra experiencia, de cómo hemos vivido siempre este “llamados a servir” y este servicio y esta vocación al amor. Nos iremos interrumpiendo el uno al otro, cosa que también es básica en el matrimonio, y va a ser un diálogo con vosotros hablando los dos a la vez. Le pido a ella que me interrumpa porque, si no, se me va a mí de las manos, y que me centre un poco si me voy por las ramas.

Hoy estamos aquí por una petición expresa del padre Juan de Dios Larrú, al cual le tenemos mucho cariño y que nos dirige una tesina en el máster de Pastoral Familiar del Instituto Pontificio Juan Pablo II, y como nos lo pidió, le dijimos que sí -funcionamos así de fácil- para dar un testimonio de servicio de cómo hemos llegado hasta aquí.

Nosotros entendemos que vocación hay una, que es al amor. Esa llamada es al amor, y aquí se representa desde tres perspectivas: el sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio, pero todo nos llama a lo mismo, que es a amar, a entender la vida cristiana como seguir a Jesucristo y poder amar al otro como él ha amado hasta el extremo. Al final estoy totalmente de acuerdo con Silvia con esto de las tareas. Hoy en día está muy de moda lo de hacer más, o el *multitasking* o todo esto, y a nosotros nos preguntan mucho: ¿por qué hacéis tantas cosas? Porque ahora contaremos un poco, en la práctica, cómo vivimos este servicio a la Iglesia.

Yo siempre digo: no lo hacemos por ponernos [ininteligible] ni medallitas, ni por ocuparnos el tiempo porque estemos aburridos, sino porque nos brota del corazón el servicio como agradecimiento por todo lo que nos concede Dios.

Este Evangelio de los talentos: si verdaderamente gracias a Dios nos ha otorgado X talentos, hay que ponerlos en juego, y verdaderamente tengo muy presente cada día que al que mucho se le perdona, mucho amor

¹ Transcrito por audición.

muestra, y esto es lo que nos permite estar siempre en movimiento, que también lo pide el Papa Francisco. Por eso estamos, como él dice, “en el lío” constantemente.

Si queréis, vamos a empezar un con el *background* de nuestra vida. Nosotros vivimos la fe en una comunidad del camino neocatecumenal, aquí en Madrid, y ahí es donde nos hemos conocido, en la parroquia San José de Madrid, en la calle Alcalá. Yo, desde pequeño, he vivido este servicio a la Iglesia viendo en las experiencias de otros.

Es muy importante, y por eso también agradezco mucho que se hagan estos congresos, ver, en los otros, experiencias de vida en las que se puede vivir así, y en la parroquia lo he vivido con gente mayor -que algunos incluso han fallecido y tengo la certeza de que son santos anónimos- y en mi casa, con mi familia, con mis padres. Soy el sexto de siete hermanos, y he vivido siempre en casa, es a lo que me han educado.

Desde pequeño, y llegado a la adolescencia, que es la edad en la que todo tiembla, coincide con haber acogido en mi casa a mi abuela, ya mayor, y a un tío con autismo, y eso ha hecho una roca sólida en la familia, cosa que a mí, como adolescente, me hizo tambalearme y escuchar mucho ruido que hay en la sociedad y en el mundo, y que te habla y que te da otras alternativas, y te pide huir de todo lo que sea este “llamados a servir”, y que, efectivamente, me hizo tropezar mucho. Pero, gracias a Dios, salí rescatado de todo esto viendo cómo se puede vivir sirviendo.

Llegado a los 18 años, se plantea una vocación en mi familia: la vocación misionera de irnos todos, mi padre dejando el trabajo, a Lima, a Perú, a los pueblos jóvenes, que son los pueblos que hay en el extrarradio de Lima. Son asentamientos humanos de gente que huyó en los años 80 de Sendero Luminoso y vive en el desierto. Nuestra calle no estaba asfaltada, vivíamos en la casa parroquial.

Esto fue en 2008 y estuve ahí tres años, hasta 2011. Justo antes fue cuando Ángela y yo empezamos a conocernos, a ver que nos conocíamos en la parroquia, porque nuestra parroquia vive una realidad, que es que desde hace 16 años hay mucho movimiento de ocio y tiempo libre haciendo campamentos, actividades, porque se veía que los niños, los adolescentes necesitaban tener un grupo afectivo de amigos dentro de la Iglesia, porque, si no, lo de fuera podía afectar.

Nosotros nos hemos conocido en los campamentos, siendo niños, y luego siendo monitores, con un lema, que es: “lo que gratis nos han dado, te lo damos gratis”, y esperando el ciento por uno en el cielo, sin recibir nada en la tierra. No cobran nuestros monitores de los campamentos porque, si

lo cobran aquí, ya está pagado. Lo hacen con la esperanza de ganar el ciento por uno en el cielo.

Eso ha sido porque siempre hemos tenido esa vocación de servir, una vocación también a la educación, y allí fue cuando nos fuimos conociendo, en este ambiente. Poco antes, ya sabiendo que nos íbamos a ir Lima, me declaré a Ángela, le dije que me gustaba y ella me dijo que yo también le gustaba, pero que no quería salir conmigo.

Uno de los problemas graves era porque a los meses me iba a ir a Perú sin fecha de regreso. Pero, a lo largo de los meses, que fui cada mes volviendo a declararme, finalmente dijo que sí, y empezamos a salir un mes antes de que me fuera a Perú. Tuvimos tres años de relación a distancia, por Skype y eso, luego entraremos un poco en materia en el noviazgo. Nos sirvió para conocernos de verdad, sin contaminaciones de la sexualidad o de un ocio mal entendido, o de pensar, como pueden pensar otros, yo no tengo novia porque no tengo dinero ni para invitarla al cine.

Nosotros no teníamos ni la posibilidad, porque estábamos separados, así que lo único que podíamos hacer era hablar y, como ha dicho Silvia, comunicarnos, y esa comunicación, efectivamente, tiene algo que ver con la comunión.

Este punto de estar ahí en Perú me hizo ver la realidad del servicio total, de vivir la pobreza, de vivir la necesidad de la Iglesia y de vivir, como ha dicho, que la Iglesia es muy grande, es universal. A los tres años decidí volver e independizarme aquí, en Madrid. Mis padres se quedaron ahí con algunos de mis hermanos y yo volví con 21 años a España.

El tiempo que estuve en Perú, además, estudié la carrera de mi vida que siempre había querido estudiar, que era el superior de música. Pero me di cuenta -porque eran unos estudios con mucha competición del uno al otro, y los exámenes era todo a ver quién tocaba mejor y más rápido- que eso no me llenaba porque veía que, cuanto mejor músico quería ser, era mejor “yo”, más ego, y el párroco siempre me decía: “la música ponla al servicio de la Iglesia, no te la llesves para ti”.

Entonces descubrí otra vocación: la de ser maestro. Por una simple razón: si ser mejor músico era ser mejor yo, ser mejor maestro era hacer mejor a otros. Eso es lo que me llenó el corazón, descubrir eso. Volví a España y empecé a estudiar el Grado en Educación Primaria en la Francisco de Vitoria.

Ya ahí pudimos tener una relación, digamos, normal, estando los dos en Madrid. Gracias a Dios, y gracias a Ángela también, que siempre ha tenido las ideas muy claras, el Señor nos ha permitido vivir un noviazgo cristiano, católico, casto y virgen, y lo tengo que decir con todas las palabras porque,

hoy en día, ni se entiende, ni se cree que se puede. Y no somos raritos, y yo soy hombre, y además somos monitores de educación afectivosexual, o sea que sabemos lo que significa todo. Pero, aun así, el Señor nos ha permitido esperar y descubrir la belleza en el momento en que se tiene que descubrir.

En todo esto seguíamos siendo monitores de educación afectivosexual, monitores de ocio y tiempo libre en los campamentos, catequistas de comunión en la parroquia, también dirigíamos un musical para recaudar dinero en la parroquia. Como veis, constantemente, todos los días de la semana, algo.

Este es el ambiente que nos ha hecho entender el servicio desde el amor que es el no esperar nada a cambio, que ese amor de Jesucristo que se dona sin esperar nada a cambio, y eso es lo que hemos ido viviendo, y eso nos ha ido llevando, gracias a Dios, al matrimonio y a descubrir la vida de la vocación, del servicio del uno para el otro.

En todo este tiempo, antes del noviazgo empezamos este máster de Pastoral Familiar, que son tres años de encuentros durante el curso de fines de semana, de una semana en verano, muy profundos, muy interesantes, que nos hicieron también, como noviazgo, hablar de cosas que quizá otros no habrían hablado, porque este máster da palabras a cosas que ya presupones entender o que crees tener en el corazón, o que has oído, pero les da la palabra que significa, en el orden en el que tienen que estar, y eso ha hecho brotar en nosotros una necesidad.

Nosotros tuvimos, honestamente, una mala experiencia de cursillo prematrimonial, por una parroquia en la que lo hicimos, que no era la nuestra, porque no podíamos por fechas, y tuvimos que ir a otra, la que nos pilló. No salimos del todo contentos, y hablándolo con el padre Juan de Dios Larrú decidimos hacer una tesina sobre esto, sobre el noviazgo.

Esa pastoral, ese apostolado que llevamos ahora en el corazón es, en nuestra experiencia -que no es que seamos ni los mejores, ni mucho menos, ni beatos, ni nada por el estilo- ver la necesidad real que tienen hoy en día los jóvenes, que tenemos, porque lo seguimos siendo, que tenemos hoy en día los jóvenes de educar el afecto, de ordenar la vida, de entender todo lo que sucede alrededor, de poder limar las asperezas de la sociedad y buscar el objetivo, que es Jesucristo, con la dificultad que conlleva hoy en día en los jóvenes.

Ahora trabajo en el colegio Everest, un colegio del Regnum Christi en el que entré como maestro de educación primaria, haciendo unas sustituciones y, poco a poco, me pidieron coger un puesto que se llama “coordinador de formación humana y disciplina” o “prefecto de disciplina”. Por nombre po-

deís haceros la idea que queráis, pero es un puesto precioso. Estoy en secundaria y bachillerato. Es un puesto, una especie de orientación, de mediación de conflictos, de ayuda en la formación integral, en la formación humana, entrar en los chicos, hablarles un poco de todo lo que les pasa... y veo en los jóvenes estas grandes heridas que tienen y las trabajo con ellos.

Al final, este "llamados a servir" lo vivo plenamente. Lo he vivido en mi casa, de joven; lo he vivido en la parroquia; lo vivo con mi mujer en las pastorales en las que estamos involucrados; lo vivo en mi profesión, en el trabajo. Tengo esa suerte de poder vivir al servicio de los jóvenes, al servicio de los demás, de poder estar hablándoles de la verdad, de la belleza, de Dios... y es una suerte: lo vivo totalmente así.

Nosotros, como decía antes, parece que no paramos. Ayer, según salimos del trabajo, fuimos a dar catequesis de comunión. Según terminó la catequesis de comunión, tuvimos un ensayo de un musical que estamos preparando para recaudar fondos para la parroquia, porque está en obras, y llegamos a casa tarde, y hoy nos hemos despertado pronto para estar aquí. Pero no por querer hacer cosas de más ni por ser estoicos, sino todo lo contrario, como he dicho antes: porque a nosotros nos brota del corazón, por todo el amor que Él nos ha dado, el dar todo lo que tenemos, que es nuestro tiempo, nuestra fuerza. Tengo a mi madre con la niña ahí fuera, que también nos ayudan en esto, y todo al servicio de los demás.

Ángela Barahona - Me toca.

Aquí, en la representación esta variopinta que tenemos, en algo coinciden todos menos yo. Ella se dedica a todo lo de comunicación, los curas, con la ayuda del Espíritu Santo, inevitablemente siempre hablan todos bien, y él es maestro. Yo me suelo explicar fatal, así que espero que entendáis algo. Además me pongo súper nerviosa y lo paso fatal. Pero voy a intentar contaros un poco mi experiencia, aunque Pepe ha hecho un resumen abarcándolo todo.

Como él ya ha dicho, vivimos la fe en el camino neocatecumenal. He crecido en una familia cristiana y he vivido desde el principio el servicio porque mis padres siempre han estado a disposición de todo el mundo, a disposición de la Iglesia y a disposición de su familia. Siempre nos han cuidado, nos han querido, nos han dado todo lo que necesitábamos, y han dado su vida literalmente por nosotros y, aunque hoy estoy casada, siguen haciéndolo, porque están todo el día cuidando de la niña, de nosotros... Vamos, que si alguien ha vivido lo que es el servicio he sido yo. Creciendo en ese ambiente, lo mínimo que podía hacer era intentar dar lo que había recibido.

A nivel personal y familiar, lo que me ayudó a empezar con esta llamada al servicio, vocación, o lo que fuese es que mi abuela se puso enferma y mis abuelos se vinieron a vivir a casa con nosotros. Mi abuelo estuvo dos años con Alzheimer, y mi abuela era prácticamente un vegetal, estaba en la cama con pañal, con sonda nasogástrica, hablaba un poco, interactuaba, se veía que siempre que estábamos ahí sonreía pero todas las necesidades básicas teníamos que cubrirlas nosotros.

El hecho de ser la segunda de cuatro hermanos, pero la única chica, hizo que yo tuviese, a lo mejor, que cuidar, en algunos aspectos, un poco más de mi abuela. Porque, al final, cambiarle el pañal a una señora a mis hermanos les costaba un poco más y a mí no me importaba, porque el Señor también me ha ayudado.

Pero he visto en mi familia cómo el hecho de que mis abuelos estuviesen en casa nos ayudó a salir de nosotros mismos, sobre todo a mí. El pasar de estar pensando en mi carrera, en estudiar, en tal, al final, todo empieza a girar en torno a otra persona que no eres tú misma, y en el fondo descubres que te sientes mucho más feliz cuando estás ayudando a otro que cuando te estás dedicando a ti mismo.

Cuando mi abuela vino a vivir a casa, le dieron una semana de vida, y luego estuvo ocho años viviendo con nosotros, que han sido, creo, los ocho años mejores de toda mi vida. Porque mis padres, al estar en la Iglesia, muchos fines de semana se tenían que ir de convivencias o se tenían que ir a algún lado y, al final, me ha tocado mucho estar en casa, pero que lo he hecho con todo el amor del mundo y feliz, y lo volvería a repetir sin duda, y ojalá mis hijos puedan hacer lo mismo algún día y tener esta experiencia.

Además de eso, en la parroquia, cuando tenía 17 años, nos pidieron ayuda como grupo de premonitores, para meternos a la pastoral que decía antes Pepe, porque se vio -bueno, ya lo ha explicado- que teníamos que crear un lazo afectivo para que los jóvenes estuviesen también en la parroquia y pudiesen vivir todo esto.

Ahí fue cuando empecé a ir de voluntaria a los campamentos como monitora, y eso, el hecho de tener a la abuela en casa y los campamentos, y todas las actividades que hacíamos, y estar siempre a disposición de “oye, que se necesita que vayamos a algún sitio a mover muebles”, o cualquier cosa que se os ocurra, eso es lo que me ha ayudado a salir de mí misma y vivir este servicio y personificarlo. No solo viendo a mis padres, sino también pudiendo hacerlo yo.

Realmente era... Pepe decía que no recibimos nada en la Tierra. Dimiento. He recibido muchísimo, porque cuando hacía todas estas cosas es

cuando era plenamente feliz, y me sentía súper bien. Creo que he recibido mucho más de lo que he podido dar.

Paralelamente a todo esto, que es lo que a mí me hacía feliz, estaba mi carrera, que no es mala, que la repetiría, que me ha encantado... Pero es verdad que he probado todas las posibilidades que me daba -estuve en laboratorio, en industria farmacéutica, en oficina de farmacia- y nada me daba esa felicidad que me aportaba todo lo demás. Me faltaba algo.

Al hacer el máster de profesorado en la Universidad Francisco de Vitoria, descubrí un mundo nuevo, porque yo venía de la "Complu", que eras un número, que había mucha gente, que no le importabas a nadie y, de repente, llegué a la Francisco de Vitoria y dije: "¿Qué es esto? Yo me quiero quedar aquí toda la vida". Gracias a Dios, que la verdad es que siempre me ha cuidado muchísimo, yo siempre digo eso de: "nunca te da nada que no puedas soportar" y debo de ser la persona más débil de este mundo, porque Dios me ha cuidado siempre muchísimo, me lo ha puesto todo súper fácil y me ha regalado una vida maravillosa, dentro de los sufrimientos y las dificultades, pero estupenda.

Cuando terminé el máster, me ofrecieron meterme como mentora y, de repente, toda la parte de servicio tenía sentido también en mi ámbito profesional, porque al final era estar ahí para lo que necesitasen los alumnos, acompañarles, sobre todo en el primer año de carrera, que llegas súper perdido. Yo llegué a la Complutense y el primer día de clase llegué una hora antes porque no sabía ni dónde tenía que ir, ni conocía la universidad, ni nada de nada. Estaba súper nerviosa. El tener ahí una persona que te reciba, que te acoja y que te esté acompañando durante el primer año de carrera es un regalo.

No solo eso, sino que además estoy en el Departamento de Extensión Universitaria, que es el departamento de servicios de la universidad, y dentro de eso, en el Departamento de Acción Social, que es que ya eso es maravilloso porque toda la parte de voluntariado que he hecho siempre toda mi vida... mi trabajo se dedica a eso y a que todos los demás puedan tener esa experiencia que he tenido. Vamos, que mi vida está empapada en todos los sentidos del servicio y es un regalo inmenso.

Luego, a nivel familiar y personal ahora, Pepe y yo nos casamos hace dos años, y en nuestra familia, gracias al noviazgo que hemos tenido, porque Dios nos lo ha regalado y ha sido un noviazgo maravilloso, estamos teniendo un matrimonio estupendo con las dificultades y... Pero es verdad que la formación del Instituto Pontificio Juan Pablo II te ayuda a prepararte para lo que va a venir y, por lo menos, como decía él, a ordenar todo y poner nombre,

y a que ya cuando te pasa algo, digas: “Ah, vale, me está pasando esto. Venga, vamos a sentarnos a hablar”.

En nuestro matrimonio, no solo de puertas hacia fuera, en la parroquia o con el musical, o en comunión tal, vivimos el servicio, y eso me hace, a mí por lo menos, sentirme totalmente querida por Pepe, porque está a mi disposición, al servicio continuamente. Si estoy mala o... es verdad que el año de embarazo para mí ha sido un poco duro. No hemos tenido muchos problemas, pero es verdad que yo tengo problemas de espalda y tuve anemia. Se juntaron muchas cosas, me encontraba fatal, y Pepe ha estado, durante todo el año, cuidando de mí y haciendo todo por mí.

Ahora, con la niña ya, igual que me pasó con mi abuela, de repente hay otra persona que requiere toda tu atención y dejas de pensar en ti mismo y empiezas a pensar en otro, porque ahora hay una persona que depende de ti y, además, tus prioridades cambian totalmente. Te sale solo. Toda mi vida, gracias a Dios, he vivido el servicio, y hoy lo sigo viviendo en todos los ámbitos.

Arsenio Fernández de Mesa - Recuerdo que, al final de la mesa redonda, tenemos una especie de coloquio. Vais a escribir donde podáis las preguntas que os interese hacer, que tenéis alguna inquietud, y nos las van a ir pasando. Y las vamos a ir haciendo para que puedan responderlas.

Hilando con lo que decían, el año pasado salió una estadística en un periódico que decía que de cada diez matrimonios que se celebraron el año pasado en España, solo dos se celebraron por la Iglesia. Pensaba cuál podía ser el origen de este dato, y es que muchas veces tenemos miedo al compromiso o al “para siempre”, que se dice.

Eso se experimenta en muchos noviazgos. Uno de los problemas de hoy en día es la comercialización, la lógica del comercio que hay en las relaciones. Es decir: “yo te doy para que tú me des, y si no me das no me interesas”. Al final, la vocación, digamos, coge toda la vida. No es un fervorín de un momento, sino que transforma cada dimensión nuestra.

Va en línea con lo que decía Ratzinger de que “el cristianismo no es una idea, no es una filosofía, sino que es el encuentro con una persona”. Si perdemos esto estamos adulterando el mensaje cristiano y, al final, estamos convirtiendo el cristianismo en una opción más de vida cuando no es así, sino que es una opción que da sentido a todo.

Esa vocación, como han estado explicando ahora Pepe y Ángela, se vive en lo concreto. O sea, que se vive en el día a día, en lo más cotidiano, en el perdón, en la comunicación, en la entrega diaria, y en eso también, hilándolo con el tema de la familia, ahora que voy a darle paso a Eugenio, las cosas más

importantes que aprendí en mi vida no las he aprendido en la universidad, y he aprendido mucho en la universidad, y tampoco las he aprendido de mis amigos, y he aprendido cosas muy importantes de mis amigos. Las cosas más importantes las he aprendido en casa.

En la familia es donde a uno le quieren no por lo que tiene o por lo que da, sino por lo que es. Muchas veces, el primer síntoma de inmadurez de la juventud es el enfrentamiento con la familia y, al final, si uno piensa de verdad quién ha estado en los momentos difíciles y quién va a estar cuando tengas ganas de tirar la toalla, cuando no sepas, digamos, encontrar el sentido, va a ser siempre la familia.

Al final de la vida, al final de todo, siempre quedará la familia. La vocación, al 90% se la debo a lo que he visto en mi casa, y no tanto con palabras sino con testimonio personal. Creo que es una forma de hilar con Eugenio también, porque estamos muy agradecidos a la familia, que es donde hemos aprendido todo. Y ahí es donde el Señor se ha hecho presente para llamarnos a la vocación concreta que tenemos.



Ponente¹

EUGENIO PÉREZ TURBIDI

Sacerdote

Quiero empezar proponiéndoo una cosa: imaginad a un joven. Los que ya sois jóvenes, que afortunadamente aquí sois muchos, no tenéis que hacer mucho esfuerzo; a lo mejor, otros más. Este joven acaba de terminar sus estudios de bachillerato, es decir, que tiene el verano de su vida con la próxima carrera para elegir por delante.

Este joven no se fija tanto en la etapa que acaba de cerrar como en la que comienza, como en la etapa nueva que comienza, y tiene un corazón ilusionado por eso, un corazón ansioso, un corazón que no tiene miedo, que está expectante de lo que va a suceder a partir de ese momento. Él, en ese instante en el que nos lo estamos imaginando, se imagina también su vida. Sueña con la vida que quiere tener. Claro, tiene ante sí lo que él quiera, tiene el mundo a sus pies. Este chico tiene el mundo a sus pies.

Este joven quiere éxito profesional: una buena carrera, que le permita una situación económica cómoda, buena. También sueña con tener una familia fantástica, una familia genial. Dos, tres hijos... no lo sé. Además, le gustaría viajar mucho y que esas experiencias sirvan para cultivar su interior, para cultivar su vida.

Todo esto se lo está imaginado este joven que acaba de terminar bachillerato. Está proyectando su futuro, está proyectando su vida hacia adelante. Le gustaría ser reconocido por los demás también, que llegue un momento en que los demás se den cuenta de la buena labor que ha hecho. Este joven, en definitiva, de alguna forma quiere aprovechar su vida, vivirla con plenitud y dejar una huella positiva en el mundo, o en parte de él, o en su entorno, pero eso es lo que quiere hacer: aprovechar su vida al máximo. Y tiene fuerzas para ello. Tiene energía, tiene ilusión, es valiente. Este es el joven que nos estamos imaginando.

Pero también sabe que eso no lo alcanzará a no ser que todas las decisiones que vaya tomando en su vida le vayan dirigiendo hacia ese objetivo. Es

¹ Transcrito por audición.

decir, ahora lo que le tocará será elegir una carrera que le ayude en la mayor medida a realizar ese sueño. Luego tendrá que elegir un trabajo y desechar otros. Tendrá que lanzarse a hablar con la chica que le gusta, si quiere formar una familia. Tendrá que ahorrar para poder viajar.

Todas estas decisiones que va tomando dependerá de él que le vayan dirigiendo hacia lo que realmente quiere. Pero este hombre, este joven, no está todo el rato en ensoñaciones, es realista y sabe que le van a dar oportunidades que deberá aprovechar, y que va a haber oportunidades que no le van a dar. Sabe que tiene unas capacidades limitadas, y que las va a tener que aprovechar lo mejor que pueda, y que va a haber cosas que no va a poder hacer, que no va a poder conseguir.

Sabe, además, que habrá momentos en los que tenga que prestar más atención a la necesidad que a aquello que le atrae. A lo mejor tiene que cuidar de alguien de su familia más que elegir el trabajo que le gusta, no lo sé. Este joven está en esta situación. Yo imagino que muchos de los que estáis aquí, o habéis pasado o estáis pasando por algo así, y os podéis identificar con alguna de las cosas que he dicho.

Este joven, como digo, tiene toda su vida por delante, tiene el mundo a sus pies, y a pesar de que va a haber obstáculos en el camino, le atrae tanto eso que se imagina, le atrae tanto ese futuro donde se está proyectando, que le dan igual los obstáculos. Él se siente valiente, fuerte, ilusionado, con ganas como para superar esos obstáculos.

Es que eso que atrae a ese joven es lo que va a mover todas sus decisiones. Esa atracción que siente hacia la vida que se ha imaginado es lo que va a hacer que tome unas decisiones y no otras. De hecho, la atracción es el motor de nuestras decisiones, de todas, desde lavarnos los dientes por la mañana hasta elegir una carrera. ¿Por qué? Porque la atracción es descubrir un bien en algo y que ese bien lo quiera para mí, y por eso me atrae y lo quiero.

Te lavas los dientes porque los quieres tener limpios, ese es el bien que buscas. Quieres una carrera, y no otra, porque te atrae un bien que pueda tener. Cada uno, la carrera que ha elegido, lo sabrá.

Esto, en el mundo se sabe mucho, y de ahí el *marketing*. Todas las empresas compitiendo por hacernos más atractivos sus productos enfrente de los productos del competidor. Todo el rato compitiendo y haciendo anuncios cada vez más originales, propuestas cada vez más atractivas, y si su producto no es lo suficientemente atractivo lo ligan a algo que sí lo sea.

La Coca-Cola está riquísima, a mí me gusta mucho, pero la Coca-Cola comparada con la felicidad, no es nada. Por eso, en los anuncios de Coca-Cola, lo que te venden casi no es la Coca-Cola, lo que te venden es la felicidad,

porque si no te atrae la Coca-Cola, seguro que te atrae la felicidad, y para eso tienes que beber Coca-Cola. Esto no es un anuncio, ¿eh?

Yo pensaba, ante la gran oferta de cosas que te ofrece el mundo... Porque un joven, hoy en día, siempre escucho que tiene más oportunidades que en otros momentos de la historia para elegir lo que quiera. Puede ser un gran empresario de éxito; puede ser un científico que consiga la cura contra el cáncer, por ejemplo; puede ser un gran artista, un deportista de élite, un gran músico... Hay una oferta muy grande para este joven. Y todas esas cosas, de alguna forma, compiten para ver cuál es la más atractiva. Y entre todas esas ofertas hay una, y es la de Dios. Dios también quiere presentar su oferta.

Llega Dios y dice: “Esta es mi oferta: te llamo a servir”. Uno ve todo el panorama, y dice: “¿Me llamas a servir?”. Esto es como quien tiene que elegir entre jugar en el Real Madrid o en el Villabajo Fútbol Club, en el barrio. Es un poco entre: “bueno, yo aquí, mira, esta profesión, es que me lo está dando todo, me está dando éxito, me está dando reconocimiento, me está dando una vida cómoda, económicamente cómoda, y tú me dices que tengo que vivir sirviendo a los demás”.

Pero de esto se trata. De esto va el congreso: ¿por qué ofrecer una cosa así? ¿Qué tiene de atractivo, para un joven con este corazón con el que nos lo hemos imaginado, qué tiene de atractiva una vida llamada al servicio? ¿Acaso Dios o la Iglesia no tendrían que buscar una estrategia mejor de *marketing*, o buscar alternativas que puedan atraer mejor a los jóvenes hoy en día?

Además, en este mundo, servir, la palabra “servir”, es una palabra que, a mi modo de ver, es anticontemporánea -no sé si me lo he inventado, pero se entiende-. Es una palabra anticontemporánea. ¿Por qué? Bueno, no estoy hablando de ayudar, no estoy hablando de cooperar, que eso sí que lo hay mucho, afortunadamente. Es distinto. Sí, un *youtuber* comparte sus tutoriales gratuitos en Internet, y eso ayuda a muchísima gente, pero no es lo mismo que servir. No es lo mismo que dedicar la vida sirviendo a los demás. No es exactamente lo mismo.

Los activistas, las ONG, la economía colaborativa, todo esto tiene mucho de ayudar y compartir, y afortunadamente, esto es importante para los jóvenes de hoy en día, pero no es lo mismo que vivir sirviendo. No es exactamente lo mismo.

Servir es anticontemporáneo porque va, de alguna forma, en contra de los valores estrella de nuestro tiempo. Por ejemplo, la libertad entendida como “hacer lo que me da la gana”. Si tú sirves a otro, estás poniendo, de alguna forma, las prioridades del otro por encima de las tuyas. ¿Cómo puede

ser libre alguien que tiene un señor que le dice, de alguna forma, lo que tiene que hacer? ¿Cómo voy a ser libre si pongo mi voluntad en las manos de otro?

Servir también va, de alguna forma, en contra de la igualdad, porque no es lo mismo el siervo que el señor. Si tú sirves, de alguna forma estás admitiendo que hay un señor por encima de ti, y no es lo mismo. Esto va en contra de la igualdad.

También va en contra del individualismo, de la independencia, del “yo me construyo a mí mismo sin necesidad de los demás”. ¿Por qué? Porque esto es darse a los demás antes que a uno mismo, pensar en construir a los demás antes que en construirse uno. Por eso, servir, de alguna forma, es anticontemporáneo. De hecho, viene del latín “servus”, que significa “esclavo”. No hay una palabra, yo creo, más contraria al mundo de hoy, que esa: “esclavo”. Algo que parece tan superado, de repente, nosotros lo estamos proponiendo en el Congreso Católicos y Vida Pública.

Entonces, uno podría decir: bueno, en realidad, todo el mundo sirve en alguna cosa, ¿no? Tampoco hay que ser tan exagerados, tan radicales. Pero es que no estamos hablando de servir de vez en cuando. Lo dice el Papa Francisco: “No estamos llamados a servir de vez en cuando, sino a vivir sirviendo”. Es decir, esto no va a ratos. Yo, sí, sirvo en casa, pongo la mesa, estoy sirviendo a mis padres. No, no. Esto se trata de vivir sirviendo. Por eso la oferta de primeras, para un joven al que le ofrecen de todo, a lo mejor no es tan agradable.

¿Cómo puede ser que resulte tan atractiva una vida de estas para un joven? Antes de ayer estaba en el despacho parroquial haciendo, no sé, cualquier cosa, y apareció Andrea. Andrea es una de las jóvenes de la parroquia, tiene 22 años, 21 o 22, creo. Esta chica está muy implicada en la Iglesia, pues siempre está ayudando en todo lo que proponemos. Es catequista ya desde hace tres o cuatro años, trabaja en la Fundación Prodis ayudando a personas con discapacidad mental y, en su tiempo libre, en el verano, también es monitora de campamentos y va a voluntariados. Eso es lo que hace en su tiempo libre.

Es decir, podemos decir que Andrea tiene más o menos su vida centrada en el servicio a los demás, de alguna forma. Entonces, aprovechando que estaba ahí Andrea, le pregunté: “Andrea, ¿tú te sientes llamada a servir?” -yo estaba pensando ya en esto que iba a decir-. “¿Tú te sientes llamada a servir?” Me dijo: “sí”. Bueno, era una respuesta que esperaba. Así que le hice la segunda pregunta, que me interesaba más: “¿Por qué? Entiendo que ves algo de bueno en una vida puesta al servicio de los demás ¿Qué es lo que te ha resultado atrayente de servir, de dedicar tu vida al servicio a los demás?”. Y me dijo, literalmente: “Porque sirviendo descubrí a Dios, me encuentro con Él”.

Me quedé descolocado, sinceramente. Porque ya había preparado algunas cosas de las que iba a decir hoy, y había hecho una lista de los beneficios que resultan de servir a los demás. Había hecho una lista, y en esa lista no había incluido lo que me estaba diciendo Andrea, no había incluido a Dios. El cura no había incluido a Dios. Llevo seis meses solo de cura, pero creo que, aun así, debería haberlo incluido.

Yo había escrito lo siguiente: “¿Por qué servir es beneficioso?”. Es humano todo lo que voy a decir, pero es beneficioso, en primer lugar, para el que es servido. Si te sirven, es beneficioso para ti que te sirvan, evidentemente. Luego te saca de ti mismo, de la autorreferencialidad. Como dice el Papa Francisco, te pone mirando hacia afuera, hacia los demás. Da realismo a tu vida. Es decir, te aleja de las fantasías y las ensoñaciones que muchas veces impiden perseverar, porque nos las creemos demasiado y vamos en su búsqueda y en realidad solo están en nuestra cabeza. Servir da realismo, te pone los pies en la tierra. Además, te libera de lo superficial. ¿Por qué? Porque tienes que prestar atención a la necesidad del que tienes enfrente. Por último, te impulsa a crecer en la virtud. Sirviendo a los demás te haces fuerte, sirviendo a los demás te haces paciente, no te pones por encima de los demás, sino a los demás por delante de ti. Bueno, que servir, podría seguir, pero servir tiene una gran lista de beneficios, pero no se me había ocurrido lo de Dios.

Esta lista está muy bien, y creo sinceramente que todo lo que contiene es verdad, pero estaba incompleta, porque le faltaba lo fundamental: Dios. Y esta es una de las ideas que quiero transmitir hoy: Dios no llama a nada que no sea Él mismo. Si te llama a “vete a Cádiz”, no te llama para que visites la ciudad, te llama porque Él quiere encontrarse contigo allí. Es igual con el servicio: dice “llamados a servir”. Dios nos llama a servir porque sirviendo nos encontramos con Él. Esa es la razón. Y me lo tuvo que decir Andrea porque no me había dado cuenta.

Eso de “llamados a servir” no es solo para algunos, esta llamada es universal, y nadie queda excluido de responderla, nadie. A ti, no me da tiempo a señalar a todo el mundo, Dios te está llamando a servir, no te excluyas de responder a esta llamada. No te excluyas.

¿Por qué? ¿Por qué te llama a servir? Porque también quiere encontrarse contigo. No porque te quiere fastidiar fregando el suelo, sino porque en el servicio quiere encontrarse contigo.

¿Os acordáis del joven que hemos estado imaginando? Ese joven era yo. Me estoy emocionando. Ese joven era yo y, seguramente, me imagino que muchos os habéis visto identificados con algunas cosas. Yo era la clase de persona que ve una peli de kung-fu y quiere ser karateca. Que ve una peli de

boxeo y parece que merece la pena dedicar la vida a que te den puñetazos. Me atraía cualquier cosa siempre y cuando me la vendiesen un poquito bien.

Quería hacer de todo, y por eso no sabía qué quería hacer. Entonces me metí en Ingeniería Química. No sé si es la mejor opción, pero pensé que me daría dinero para elegir la que lo fuera. Estudiando Ingeniería Química, que resultó más duro de lo que pensaba, escuché un día el testimonio de un sacerdote.

Recordad que yo era este joven que tenía el mundo a sus pies, que podía elegir lo que quisiera, al que le resultaba atractiva la vida y poner su huella en el mundo. Yo era este joven que se imaginaba mil formas, y todas grandes. Entonces escuché el testimonio de un sacerdote. Este sacerdote llevaba diez años de cura cuando nos hablaba, y nos decía que le acababan de cambiar de parroquia hacía un año, y que nadie le quería en su nueva parroquia. No le querían. Se ve que el anterior cura era increíblemente bueno, y los fieles, los feligreses de la parroquia se oponían a que llegase este sacerdote, y le estaban haciendo la vida imposible, y se lo hacían saber.

Le hacían saber que no querían que estuviese allí, se lo decían con palabras, con gestos y con cartas que le enviaban. Imaginaos, él, que ya había decidido ponerse al servicio de los demás, que lo hacía con cariño, con amor, y le envían a esta parroquia, un envío que él no decide, que decide otro por él, y lo que se encuentra es un rechazo absoluto. ¿Qué hizo este sacerdote ante esta situación? Siguió sirviendo con cariño a las personas que no querían que estuviera allí.

Puede que no sea la madre Teresa de Calcuta sirviendo a los pobres moribundos pero, a mí, este testimonio me resultó auténtico. Me resultó verdadero, me resultó conmovedor, y tan real que todas las ensoñaciones que yo me había hecho, toda la proyección hacia el futuro que había tenido, de repente se cayó como un castillo de naipes. Todas las posibles vidas y caminos que había soñado tomar desaparecieron en un instante porque descubrí algo que nada lo podía superar en autenticidad.

No solo descubrí una vida entregada y puesta al servicio de los demás, sino que descubrí, y esto es lo más importante, a Dios a través de esa vida.

Esta es la historia de mi vocación sacerdotal. En ese momento sentí que Dios me llamaba a entregar mi vida como ese sacerdote, a pesar de lo que me pudiera pasar. ¿Por qué este congreso? ¿Por qué buscar gente que pueda hablar de su vida puesta al servicio de los demás? ¿Por qué ofrecer esto? ¿Cuál es el atractivo que tiene?

El atractivo que tiene es Dios. Dios siempre es el atractivo. Es lo que atrae, no hay nada que atraiga más que Dios, no hay nada más atrayente que

el Señor y por eso es necesario, es decisivo que los jóvenes conozcan personas que hayan puesto su vida al servicio de los demás, para que, a través de esas vidas, ellos puedan ver a Dios y entregar sus propias vidas al servicio del Señor.

Muchas gracias.

Arsenio Fernández de Mesa - Muchas gracias Eugenio.